

diminucion ni interrupcion, porque él sabia muy bien sacar de todo pensamientos y afectos con que estrechase mas y mas con él. Viajando una vez en caleza con uno de sus compañeros, *Ved*, le dijo: *¿cómo trabaja y nos sirve este caballo por un poco de cebada! ¿y nosotros qué hacemos para amar á Dios, despues de tantos beneficios como nos ha hecho?*

Así como el fuego material no se puede contener sino que prende y se dilata por todas partes, así, justamente, el amor divino de Alfonso procuraba estenderse y penetrar en los corazones de todos. Por lo cual nunca dejaba de hablar de él, no solo en sus sermones sino tambien en las conversaciones familiares, tanto con sus alumnos, como con todo el que fuese á verlo, mostrando los infinitos atributos de Dios, particularmente su bondad hácia el hombre, por lo que merece toda clase de amor. Y era tal la fuerza y la energía con que hablaba, que movia suavemente los ánimos, y los escitaba á aquel amor que por tantos y tan justos motivos exige Dios de nosotros. Habiendo ido un dia á visitarlo Monseñor Sanseverini, arzobispo de Palermo, teniéndolo Alfonso de la mano le dijo que le deseaba un amor sumo hácia Dios, y el verdadero espíritu de Jesucristo; pero con tanta energía y con tanto ardor de espíritu que lo hizo llorar de ternura.

Este mismo amor divino fué el que procuró insinuar con sus obras, particularmente con la que se intitula, *Práctica de amar á Jesus*, la que cuanto mas se lee, tanto mas debe volverse á leer. Así como todo su empeño y todo su placer se cifraba en ver amado y honrado á su Dios, tampoco habia para él mayor dolor ni mayor pesadumbre que conocer ó saber que era ultrajado y ofendido. ¿Pero qué no hacia de cuanto podia, y que no habria hecho ademas si hubiera podido, para impedir y remover cualquiera ofensa á la Majestad divina, como se ha visto en otra parte?

CAPITULO VI.

Caridad de San Alfonso hácia el prójimo.

El verdadero amor de Dios lleva necesariamente consigo el amor del prójimo, siendo estas dos cosas tan unidas y conjuntas entre sí, que la una no puede subsistir sin la otra: antes bien, se sostienen mutuamente de manera, que la una sirve como de alimento y de acrecentamiento á la otra. Ahora bien, ¿si tan grande y tan encendido fué en Alfonso el amor de

Dios, cuanto mas no lo fué el del prójimo? Y en efecto, ¿en qué otra cosa consumió toda su vida, sino en un continuo y laboriosísimo ejercicio de caridad hacia su prójimo? Sermones, catequismos, instrucciones, discursos, confesiones escuchadas, advertencias y consejos dados, y tantas otras cosas que ya hemos referido, no fueron mas que efectos de aquella afectuosa caridad que lo animaba á procurar por todos los medios posibles la salvacion de las almas. Jamas conoció en esto cansancio ni fatiga, ni obstáculos ni peligros; sino que siempre lo sufrió todo valerosamente por apagar la ardiente sed que tenia de ganar almas para Dios. Aun habia espuesto voluntariamente su vida por esto, como en efecto se mostró pronto á esponerla, cuando temiéndose que el azote de la peste que habia en Mesina se extendiese hasta el reino de Nápoles, hizo voto de prestar toda clase de auxilios á las personas atacadas del contagio, siempre que llegase este caso.

Este mismo celo que tenia por la salvacion de las almas, le hacia rogar constantemente al Señor para que se dignase iluminar y convertir á los infieles y á los pecadores, y que concediese á los justos la santa perseverancia: lo cual, tanto en sus sermones como en sus conversaciones particulares ó familiares, recomendaba á todos que hiciesen. Ademas de esto, dis-

puso que en todas las casas de su Congregacion se hiciesen cada dia de la semana, las oraciones, las penitencias y otros ejercicios devotos aplicándolos en provecho de varias clases de personas. El Domingo, como ya se ha dicho, por el Sumo Pontífice, por los obispos, y por los príncipes cristianos: el Lunes por la conversion de los infieles y de los herejes: el Martes por los religiosos y por las religiosas: el Miércoles por los operarios evangélicos y por los padres y madres de familia: el Jueves por los inocentes, penitentes, enfermos y agonizantes, por las ánimas del purgatorio, y por los niños que aun están en el seno de sus madres, para que puedan lograr la gracia del santo bautismo: el Viernes solicitando el fervor para los padres de la Congregacion: y por último, el Sábado por los devotos de María Santísima, por los bienhechores de la Congregacion, y por los parientes de los padres de ella. Y hacia que esta distribucion se mantuviese fija en el coro, haciéndola recordar todas las noches despues del exámen de conciencia que se hacia en comun.

Despues de todo esto parecia que el amor de Alfonso hacia su prójimo no podria ir mas léjos. Pero no fué así, porque procuró estenderlo quanto le fué posible, y hasta despues de su muerte. Este, en efecto, y no otro, fué el fin que se propuso al publi-

car tantas obras diversas en provecho de toda clase y condicion de personas, y en estas tambien á los Príncipes Soberanos, para los cuales imprimió la obra titulada: *La fidelidad de los vasallos hácia á Dios, los hace tambien fieles hácia á los Príncipes*, que les regaló, y que despues para mayor provecho fué traducida á otras lenguas. ¿Y cuál otro tambien, sino este fué su objeto al fundar y establecer una nueva Congregacion de Sacerdotes seculares, que al atender á la perfeccion evangélica con las reglas más oportunas y prudentes, debieran consagrarse enteramente al bien de las almas, y particularmenté de las más abandonadas y privadas de socorros espirituales, que estuviesen dispersas por los campos, ó residiesen en pueblos miserables?

Ni se crea que este amor tan caritativo de Alfonso hácia los vivientes le hiciese olvidar las almas de los difuntos, que para acabar de pagar las deudas contraidas con la divina justicia, son atormentados y penan todavia en el purgatorio. No ciertamente: porque ya con oraciones, con sacrificios, con penitencias, con indulgencias, y valiéndose de todos los medios posibles procuraba siempre proporcionar algun sufragio á las almas del purgatorio; y siempre que pudo, jamas dejó de inculcar esto mismo á los fieles, para que con limosnas y con otros actos de virtud y prácticas de-

votas, se demostrasen solícitos en socorrerlas, como por tantos títulos merecen. Además, era tanta la compasión que tenia de estas almas, que siempre hablaba de ellas con mucha ternura; y despues de haber dispuesto, que todos sus alumnos rogasen por ellas en un dia de la semana, dispuso que en todas las casas de la Congregacion se hiciese la seña con la campana una hora despues de la oracion de la noche, para rezar el Salmo *De profundis*: en cuya práctica se mostró tan exacto, que interrumpiendo al instante cualquiera otra ocupacion, era el primero en arrodillarse para rezarlo, añadiendo un Padre nuestro y una Ave María por los difuntos de la congregacion; y cuando ensordeció, dispuso que le avisasen para hacer lo mismo, como en efecto lo hacia y lo habia continuado haciendo en su decrepitud y entera incapacidad de moverse, si por último su director no le hubiese prohibido el hincarse, por lo que todo lo rezaba sentado. Habiendo escrito uno de los padres de la Congregacion cuando estaba en Santa Agueda, que habia hecho obras para muchos Santos, pero que no se habia acordado de las ánimas del purgatorio, bastó esto para que imprimiese al instante una novena con nueve meditaciones y prácticas devotas, y la distribuyó para toda su diócesis, para animar á los fieles á hacer algunos sufragios por ellas. Además de todo eso en los

nueve dias antes de la Conmemoracion de los fieles difuntos, en la capilla que con el título de las ánimas habia en su iglesia catedral de Santa Agueda, despues de rezar el rosario y otras preces, hacia un breve discurso exhortando al pueblo á ser devoto de las ánimas del purgatorio, y á procurarles todo el socorro posible.

Y si era tan solícito por todas las almas del purgatorio, mucho mas lo era por las de sus alumnos difuntos. Por tanto, estableció que cada año entre la octava de todos Santos se cantasen dos officios y dos misas solemnes, una por todos los difuntos de la Congregacion, y la otra por los de cada casa; y que al aviso de la muerte de cada uno de ellos, ademas del officio y misa que se habia de cantar en cada casa de la Congregacion, cada uno de los padres habia de celebrar cinco misas por el alma del difunto, si era sacerdote, y nueve si por acaso fuere el Rector mayor, y tres si solo fuese clérigo, ó hermano lego; y finalmente, que por ocho dias inmediatamente despues de la muerte de cada uno, todos los de la Congregacion en sus oraciones y mortificaciones tuviesen la intencion de sufragar por el alma de su difunto hermano.

En quanto á la caridad de Alfonso con respecto á las necesidades temporales del prójimo, muchísimas mas cosas podriamos añadir aquí á las otras muchas

ya dichas en otra parte, que lo muestran como un verdadero padre de los pobres y de los affigidos. Pero por no traspasar los justos límites que nos hemos prescrito, no mencionaremos mas que una sola, que por otra parte, puede parecer bastante por todas. Sucedió el año de 1772, es decir, tres años antes que Alfonso renunciase el obispado, que tres soldados albaneses se refugiaron en una capillita del campo puesta en la aldea de Ducenta, diócesis de Santa Agueda de los Godos. Habiendo sido aprehendidos y condenados como reos de muerte por el consejo de guerra, se mandó el proceso á Alfonso para que decidiese, si alcanzaba ó no á dichos reos el beneficio de asilo por haberlos capturado en dicha capilla. Aquí fué donde se encontró en aprietos su caridad y su celo, pues habria deseado poder salvar la vida á aquellos infelices; pero veia que esto no era posible sin ofender á la verdad y á la justicia, porque dicha capilla no gozaba el privilegio de la inmunidad. De aquí es que se hallaba sumamente afanoso y pensativo, no pudiendo resolverse en manera alguna á dar una resolucion que habria costado muy cara á aquellos soldados. Y este estado tan angustioso llegó á tal grado, que creyendo algunos tranquilizarlo, le aconsejaron que lo remediase con una mentira; pero solo al oir semejante palabra se horrorizó, y repre-

dió á los que así lo aconsejaban. Entre tanto, de dia en dia se diferia así el negocio, cuando una noche vió llegar de Nápoles un oficial albanes que venia encargado de recoger el proceso y la decision. Alfonso entonces, sintiendo su corazon mucho mas oprimido por la compasion que le causaban aquellos reos, solicitó del oficial que se quedase con él en su palacio mientras escribia á Nápoles en favor de ellos, y habiendo aquel accedido, se fué inmediatamente á poner en oracion. Despues de esto escribió muchas cartas á los principales ministros de la Real Corte de Nápoles rogándoles encarecidamente que alcanzasen del Soberano por amor de Jesucristo y de la Santísima Virgen, gracia de la vida en favor de aquellos tres soldados, conmutándoles la pena en cualquiera otro castigo, representándoles al mismo tiempo las angustias de su paternal corazon. Esto bastó para que á pocos dias tuviese la consoladora respuesta de que el monarca reinante de las dos Sicilias Fernando IV, usando por sí de toda su clemencia no solo libraba á los reos de la pena capital, sino que los exceptuaba de cualquier otro castigo. Despues no pasaron muchos dias sin que Alfonso viese venir á los tres soldados á darle las gracias por el gran favor que por su medio habian recibido, y acogiéndolos él con toda caridad, les hizo una paternal amonestacion pa-

ra que en lo sucesivo no volviesen á faltar á su deber. Y no bastándole todavía todo esto, ya que les habia salvado la vida del cuerpo, quiso procurar salvarles tambien la del alma; para lo cual los hizo permanecer por muchos dias á sus espensas en una posada pública á fin de poderlos disponer para una santa confesion y comunión, como se verificó, despidiéndolos despues contentos y consolados á Nápoles juntos con el oficial, á quien encomendó cartas con las mas espresivas gracias para todos los ministros que habian intervenido en el negocio.

Pero la caridad de Alfonso hácia el prójimo conquistó un nuevo lustre y llegó á la perfeccion que se requiere, ya sufriendo tranquilamente y con heroica paciencia las muchas injurias que recibió, como, y mucho mas, correspondiendo el mal con el bien. Era de temperamento cálido y de una naturaleza ardiente, llamada por los médicos colérica y biliosa; sin embargo, con su virtud supo moderarla y reprimirla de tal modo, que llegado el caso, si la caridad cristiana lo exigia, se mostraba enteramente flemático, y casi estúpido é insensible. Habiendo dado una suave y paternal correccion á uno de sus diocesanos de Arienzo, le respondió este con palabras indignas y con villanías, y él no solo le correspondió con mayores señales de afabilidad y cortesía, sino que le acompañó

hasta la escalera aunque no acostumbraba hacer esto nunca por no perder ni un momento de tiempo. Lo mismo sucedió cuando habiendo rehusado hacer capellan de la colegiata de San Andres Apóstol de Arienzo á un sacerdote, porque no lo creia digno, este lo llenó de injurias; y Alfonso sufriendolo todo con paciencia, no le dijo al fin mas que: *¡Ah! es menester no encolerizarse sino hacer la voluntad de Dios.* Peor fué todavía, cuando otro sacerdote indignado contra Alfonso, porque habia procurado remover de la diócesis á un hermano suyo por no haber querido dejar una amistad escandalosa, fué á verlo y se exaltó hasta el grado de quererlo matar, vomitó tantos y tantos improperios contra su obispo, que otro sacerdote que estaba presente, admirando por una parte el gran sufrimiento de Alfonso, que en nada se conmovia, y por otra, no pudiendo soportar por mas tiempo la insolencia de aquel, tuvo que reprenderlo como merecia, para hacerlo callar y partir. La misma conducta observó siempre Alfonso en tantos otros encuentros de esta naturaleza, que seria demasiado largo repetir aquí: porque no solo no mostró jamas el mas leve movimiento de indignacion ó de cólera, sino que siempre dió las mas claras señales de benevolencia y de afecto al que lo ofendia.

Y estas señales exteriores jamas estaban en él sepa-

radas de aquellas que internas y eficaces, muestran el sincero amor y la verdadera benevolencia del prójimo, como son las de recompensar con beneficios las burlas y las ofensas recibidas. Ya hemos visto cómo se portó con aquellos de Iliceto, que desde el principio intentaron destruir su Congregacion. Y porque supo que debido á sus cuidados, dos hijas de uno de sus principales contradictores, ya difunto, habian profesado vida monástica, y que se habian puesto en un monasterio á las otras dos, y que tambien se habia provisto á la buena educacion y á los intereses de los hijos varones que habian quedado, saltó de gusto y no cesaba de gozarse en ello. Tambien hemos hecho mencion en otra parte de un caballero doctor que importunó á Alfonso para obtener una carta de recomendacion para que un hermano suyo obtuviese un canonicato que se hallaba vacante en la colegiata de Arienzo y que no pudo alcanzar de él por justos motivos. Pues este mismo caballero, despues de haber visto que el canonicato se habia conferido á otro y no á su hermano, no tuvo embarazo para ir á vituperar á Alfonso en su mismo palacio y en presencia de sus familiares, ni dejó nunca en otras muchas ocasiones de manifestar el ódio que habia concebido contra él: Alfonso no solo procuró siempre calmarlo, y persuadirlo con las maneras mas suaves, sino que

muy pronto le hizo ver la venganza de los santos: porque habiendo vacado en la misma colegiata otro canonicato en el mes que tocaba al obispo conferirlo, bien informado como estaba del mérito de otro hermano del mismo caballero, que se hallaba estudiando en Nápoles, lo prefirió á todos los demas concurrentes y le mandó inmediatamente la bula de la colacion del canonicato. Este hecho sirvió de admiracion á todos y de confusion al citado caballero que no se atrevia á ir á dar las gracias á Alfonso. Pero previendo éste la cosa, cuando lo vió venir, sin hacer mencion ninguna de las pasadas injurias, solo le dijo de una manera agradable, que en aquella provision habia hecho justicia al mérito de su hermano, y así lo libró tambien de toda especie de rubor.

Habiendo sabido que algunos de su Congregacion se resistian á dar comestibles y otras cosas que les pedia de limosna una señora que antes habia molestado á la Congregacion, les escribió una carta diciéndoles: *Quiero que se le dé todo cuanto pide, con tanta mas razon quanto que ha sido nuestra enemiga.* Y al rector de una casa de su instituto, que le habia manifestado la injusticia que los vecinos del pais habian hecho á dicha casa, les respondió: *¿Cómo? ¿esta accion nos han hecho? es menester pensar en vengarse. ¿Pero de qué modo? de este:*

alargad mas la mano en las limosnas que se dan en la puerta de la casa, y con mayor liberalidad: asistid con mas frecuencia al confesonario: cuando seais llamados para asistir á los enfermos, corred, sin decir no: no os quejeis de esta injusticia que os han hecho, y esta sea vuestra venganza. Palabras muy dignas de tenerse presentes, y muchas, fijas en el ánimo para poderlas poner en práctica en los varios encuentros de la vida.

CAPITULO VII.

Castidad de San Alfonso.

La castidad es una virtud, que hace al hombre casi semejante á los ángeles; pero que al mismo tiempo es como un tesoro que es necesario llevar y conservar en vasos de un barro muy frágil. Por tanto, ¿cuánta vigilancia y qué de esfuerzos no son necesari-

rios para conservarlo puro é intacto contra las insidias de aquel enemigo capital que tenemos siempre con nosotros, ó mas bien dicho, dentro de nosotros mismos, y que se vale de mil artes para robárnoslo? Pero habiendo comenzado á conocer Alfonso desde sus mas tiernos años el precio de esta virtud, y habiendo resuelto tenerla siempre por su inseparable compañera, no omitió medio alguno para poder conservarla enteramente ilesa y libre del mas leve hábito que bastase para ofenderla y empañarla ni aun ligeramente. Por su amor renunció las espléndidas bodas que su padre habia arreglado para que se verificasen entre él y la hija del príncipe de Presiccio, sufriendo con paciencia por tal negativa todos los disgustos y superando con valor todos los obstáculos de que ya se ha hablado. Despues, enamorado cada vez mas de esta virtud, aunque todavía secular y entre las bregas del foro, no dejaba de pedirla continuamente al Señor con largas y fervorosas oraciones, y cuidaba con toda diligencia todos sus sentidos, particularmente los ojos, habiendo hecho desde entonces un pacto permanente con ellos, para no dirigirlos jamas á personas de distinto sexo que el suyo, para poder así cerrar mejor la entrada á toda clase de pensamiento impuro. Por lo que, como ya se ha dicho, huía de cualquier lugar, y de cualquiera familiaridad

peligrosa; y estaba con toda modestia y compostura, y hasta sin anteojos para no ver nada, cuando por pura obediencia á su padre, se veía obligado á ir al teatro, ó á alguna tertulia.

Mucho mas se aficionó despues Alfonso á esa virtud, y procuró toda perfeccion en ella, cuando desprendiéndose completamente del mundo, se consagró enteramente á su Dios en el estado eclesiástico. La total mortificacion de todos sus sentidos, la mas cruel carnicería de su cuerpo, la oracion, que se puede llamar jamas interrumpida, fueron tambien los robustos medios de que se sirvió para conservar pura y hacer cada vez mas olorosa la azucena de su virginidad. Ademas de todo esto, huía siempre de todo encuentro y conversacion con mujeres ó señoras; y si alguna vez por cualquier motivo justo tenia que hablar con alguna, jamas lo hacia á solas, sino por una estrecha necesidad, y siempre vuelto de lado y sin anteojos: procuraba abreviar con espresiones cortas y palabras graves, conservando en la mano el rosario mientras duraba la conversacion. Tampoco les permitia que le besasen la mano, sino que ocultándola en el pecho dejaba que besaran el codo: y si se veía importunado para ello, les daba la mano, pero cubierta con la chaqueta aunque fuesen señoras respetables, religiosas, ó sus parientas, diciéndoles antes:

Id á besar los piés á Jesucristo. Y así queria que lo hiciesen todos los de su Congregacion, no dexándose besar nunca la mano por las mujeres.

Lo mismo hizo mientras gobernó la iglesia de Santa Agueda, y aun al conferir el sacramento de la confirmacion á las mujeres, jamas les dió la bofetadita que se acostumbra dar sobre el carrillo desnudo, sino sobre la cofia, redesilla, pañuelo, ú otra especie de velo que llevaban en la cabeza segun su condicion. Habiendo encontrado en un monasterio de su diócesis la costumbre de que la monja al hacer la profesion religiosa, ponía sus manos entre las del obispo, quitó inmediatamente ese uso, diciendo que era un abuso que no se podia sostener en manera alguna. Y si alguna vez se le rogaba que bendijese á alguna religiosa, haciéndole la señal de la cruz en la frente, lo hacia, pero siempre al aire, sin tocarle jamas la frente con el dedo.

Cuando tenia que hablar necesariamente de cosas relativas al sexto mandamiento ó al tratado del matrimonio, ó bien dar á los jóvenes estudiantes de su Congregacion la enseñanza respectiva, ademas de usar de las palabras mas breves, honestas y decentes, jamas lo hacia sino apretando con la mano derecha el Crucifijo que tenia en el pecho, y con la izquierda el rosario de la Virgen que le pendia al costado: tam-

bien daba á dichos jóvenes el consejo de no estudiar esos tratados, hasta que estuviesen para recibir la facultad de confesar. Este mismo consejo daba aun á los sacerdotes de su diócesis; ni queria que se enseñasen dichos tratados á los jóvenes estudiantes de su seminario episcopal. Habiendo regalado un príncipe á la casa de su Congregacion de San Miguel de los Paganos, una obra, que trataba de muchas antigüedades descubiertas, quiso él verlas, y luego que percibió que habia allí muchas figuras desnudas é inmodestas, que representaban algunas deidades paganas, comenzó á borrarlas con la pluma llena de tinta, y mandó hacer lo mismo á otro que estaba con él. Y como algunas de ellas no podian borrarse de ese modo, tomó las tijeras y las destrozó: y despues de haber cortado, manchado; y estropeado así todas las figuras hizo poner la obra en la librería de la casa.

Ya se ha visto quanto empeño tomaba adonde quiera que iba á predicar, y mucho mas al gobernar su diócesis, para inspirar en el ánimo de todos amor á la castidad y ódio al vicio contrario, valiéndose tambien de toda clase de medios para desterrarlo y estirparlo. Y quando predicaba contra él, usaba de las mayores precauciones para no proferir palabra que pudiese ofender ni en lo mas mínimo los mas castos oídos; pero al mismo tiempo se encendia en

tanto celo, que parecia que echaba fuego por los ojos y por todo el rostro, demostrando y repitiendo con toda razon y verdad que este es el vicio que arrastra una infinidad de almas al infierno. Tambien exhortaba con todo su fervor á la castidad, y al proponer los medios oportunos para custodiarla, entre otros muchos sujeria tambien el de no mirar ni aun los vestidos de mujer, *para no ensuciar*, como él decia, *la imaginacion*.

De lo dicho hasta aquí se puede deducir, quanto era el amor que tenia Alfonso á esta virtud, y con quanto celo y empeño procuraba custodiarla. Y en verdad que este llegó á tal extremo, que jamas quiso, aun siendo obispo y anciano, dejarse vestir ni desnudar de sus mismos familiares: y habiendo llegado, á causa de sus enfermedades, á quedar casi enteramente incapaz del menor movimiento, antes habria querido padecer que permitir el ser tocado en ninguna parte de su cuerpo. Y si en este estado debia alguna vez por verdadera necesidad y por obedecer á su director dejarse mover y tocar, se valia de toda la industria posible para que no se ofendiese en uada su natural pudor ni su extraordinaria vergüenza; por eso encargó á los que lo rodeaban para asistirlo, que cuando Dios lo llamase á sí, no descubriesen ni lavasen su cuerpo.

No por esto se crea que Alfonso estuviese exento de las tentaciones de que el ángel de las tinieblas acostumbra usar contra los que aman esta virtud. No: porque permitiéndolo Dios así para mayor prueba y mérito de su siervo, fué muy molestado, mayormente en los últimos años de su vida, por fuertes sugeriones diabólicas contra esa virtud, y hasta con apariciones de espíritus infernales. Pero haciendo uso de todas las armas que para estos casos se requieren, supo combatir siempre valerosamente y alcanzar una completa victoria de tan formidables batallas. Por lo que si en toda su vida mostró siempre en las acciones, en las palabras, en el gesto, y en todo su comportamiento, el virginal candor de alma y cuerpo que poseia, tambien lo conservó puro é intacto hasta el último aliento, por lo que se puede decir, que vivió como un ángel en carne mortal.